

Michael Rössner

**Luces picarescas en México:
el pícaro y la voz paterna de la razón
en el *Periquillo Sarniento***

La comparación de la novela picaresca con el *Bildungsroman* alemán tiene una larga y no siempre simpática tradición.¹ Sin identificarnos con los elementos euro- o germanocéntricos de tal tradición, se puede afirmar que la dualidad de voces es, en cierta manera, constitutiva de la picaresca – al menos a partir del *Guzmán de Alfarache*. Es la dualidad entre la voz del viejo narrador arrepentido que a veces se acerca al sermón eclesiástico y aquella del joven protagonista anárquico y despreocupado, pero lleno de ambiciones. Sin embargo, se puede aseverar con razón el hecho de que existe una verdadera continuidad en la sucesión temporal entre estas dos identidades y el desarrollo del carácter del protagonista. Un abismo parece separar al yo-protagonista de *Guzmán de Alfarache* del yo-narrador que acaba de sobrevivir un momento clave de su vida, parecido al milagro pascual: la casi-muerte simbólica por los azotes en las galeras y la resurrección de un “hombre nuevo”, arrepentido y purificado. Este “hombre nuevo” tiene poco que ver con el joven al que critica y toma como ejemplo didáctico negativo para amonestar a sus lectores (Montori de Gutiérrez 1979: 511-519).

Aun más alejado del *Bildungsroman* aparece el *Buscón* de Quevedo. Pablos vive en una sociedad tan corrupta que la delincuencia no aparece como nada malo ni extraordinario. Además, el conocido odio de Quevedo contra los alguaciles hace aparecer, aquí como en los *Sueños*, a los representantes de la Ley como peores rufianes que los

1 En los estudios de literatura alemana, los dos conceptos se aplican con más frecuencia al *Felix Krull* de Thomas Mann. Normalmente, los germanistas ven una “suplantación” (*Verdrängen*) de la novela picaresca por la forma “de mayor valor” que sería el *Bildungsroman*. Un estudio que trata de mostrar ambos géneros como variantes de una misma forma literaria que corresponde a épocas de grandes cambios sociales es el ensayo *Picaresque continuities* de Robert Stone (Stone 1998: 1-15).

mismos pícaros.² En una sociedad en la que no hay más que criminales, la actitud picaresca aparece como un método legítimo de supervivencia, aunque no hay que olvidar que la técnica de Quevedo no tiene nada que ver con el realismo. Es una técnica altamente intertextual que logra efectos a través de intertextualidades marcadas y la hipérbole – tal como lo hará algunos siglos más tarde la nueva novela latinoamericana.

Pero al contrario, para lograr el efecto “positivo, edificador, didáctico” del *Bildungsroman* habría que esperar una fusión de los elementos estructurales descritos y realizados en su forma más lograda en el *Guzmán de Alfarache* con un programa educador basado en la ideología del Siglo de las Luces, tal como se encuentra en los fundamentos del fenómeno alemán mencionado.³

La literatura española peninsular no conoce una picaresca del Siglo de las Luces, pero la literatura hispanoamericana sí – al menos si extendemos un poco el Siglo de las Luces, lo cual es necesario tomando en cuenta los problemas de comunicación existentes entre Europa y América Latina en los últimos decenios de la época colonial, sobre todo después de la expulsión de los jesuitas, quienes habían constituido el elemento más progresivo de la intelectualidad en el contexto hispanoamericano. El siglo XVIII colonial tiene todavía una base barroca – con pocas excepciones, como es el caso del *Nuevo Luciano o Despertador de Ingenios* (1977) del ecuatoriano Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, donde se lamenta precisamente que el destierro de los jesuitas había robado a la colonia este pobre reflejo de la luz de la razón que quedaba (Espejo 1981; Ontaneda Polit 1988).

Pero con las guerras napoleónicas, con el espíritu nuevo de la época de la independencia, con los nuevos medios de publicación llegan finalmente las tendencias, las ideas, los objetivos –y también los mitos– de la Ilustración europea. Esto ya había servido para construir la base ideológica de la primera independencia del continente – aquella de los Estados Unidos; y el modelo del Norte parecía mostrar también

2 Me estoy refiriendo, claro está, a “El alguacil endemoniado” (en *Sueños y discursos*) y a “El alguacil alguacilado” (en *Juguete de la niñez*), cf. Riquelme Jiménez (2000).

3 En cierta manera, las *Confessions* de Jean-Jacques Rousseau se podrían leer como tal síntesis entre elementos de la picaresca y una actitud didáctica (además coincide con la picaresca en cuanto a la narración en primera persona).

que era posible decidirse por una ideología ilustrada “selectiva”, la cual tomaba en cuenta las pocas simpatías de los “americanos” (hispánicos y anglosajones) por las culturas subalternas de indígenas o afro-americanos. No voy a enumerar todos los textos que se podrían citar aquí: de las cartas de Bolívar a las primeras obras dramáticas neoclásicas en la Argentina independiente vemos una múltiple elaboración del modelo de pensar ilustrado a la realidad americana. La exclusión más patente es aquella del mito del “buen salvaje”, el cual no aparecerá en la literatura latinoamericana hasta antes de la mitad del siglo XIX, y entonces ya en la versión romántica de Chateaubriand. A un indio sabio que explique a los criollos cómo deben organizar un nuevo estado basado exclusivamente en principios racionales, no lo encontramos en ningún texto de la época de la Independencia.

Pero sí hay muchos textos que tratan de relacionar el nuevo discurso ilustrado con tradiciones barrocas, con la sátira de costumbres de la tradición quevediana: de una manera muy suave en un texto como el *Concolorcorvo* de Carrió de Vandra en el Sur, de una manera más agresiva en la obra de los primeros periodistas del nuevo siglo, como nuestro autor Fernández de Lizardi.

Al analizar en lo siguiente su larga novela “picaresca” *El Periquillo Sarniento*, de hecho veremos que ésta se basa en la tradición de la picaresca peninsular; pero desde el primer momento entra en un diálogo intertextual con aquella. Baste recordarnos que ya el *Lazarillo de Tormes*, primer ejemplar de lo que será más tarde el género picaresco, está concebido en forma de carta escrita por el yo-narrador a un mecenas; situaciones equivalentes las encontramos en la mayor parte de los prólogos de las novelas picarescas del siglo XVII. La práctica de comunicación literaria del barroco requiere la elección de un “padrino” de la obra que así –incluso en su forma impresa, que se acerca a la práctica de comunicación anónima del mercado– se incorpora a un sistema de cultura cortesana de comunicación personal.

En el “prólogo, dedicatoria y advertencia a los lectores” de su obra, Fernández de Lizardi discute esta práctica, y se presenta jocosamente como un autor que “quiere seguir sus maestros los dedicadores” (94)⁴, pero no sabe por cual “mecenas o patrono” decidirse – hasta que

4 El texto de Lizardi se cita según la edición de Carmen Ruiz Barrionuevo (1997), indicando únicamente el número de la página.

sigue el buen consejo de un amigo (¿preludio simbólico a la situación comunicativa de la novela?) y se decide por “los lectores”, pues si hay bastantes que comprenden su obra, esto equivaldrá a la “protección” financiera de un noble:

Calla, me dijo mi amigo, que yo te voy a proponer unos Mecenas que seguramente te costearán la impresión.

¡Ay hombre!, ¿quiénes son?, dije yo lleno de gusto. Los lectores, me respondió el amigo. ¿A quiénes con más justicia debes dedicar tus tareas, sino a los que leen las obras a costa de su dinero? Pues ellos son los que costean la impresión, y por lo mismo sus Mecenas más seguros. Conque aliéntate, no seas bobo, dedícales a ellos tu trabajo y saldrás del cuidado. Le di las gracias a mi amigo; él se fue; yo tomé su consejo, y me propuse desde aquel momento dedicarlos, Señores Lectores, la Vida de tan mentado Periquillo Sarniento, como lo hago (94).

No sin ironía menciona el “Pensador Mexicano” la baja calidad social de este grupo y podríamos calificarlo como preludio satírico *ex ante* del mito del mestizaje, si la enumeración se leyera así: “sé que seréis, algunos, plebeyos, indios, mulatos, negros, viciosos, tontos y majaderos” (94), mientras que la fusión cultural es obra del dinero: “esta pequeña obrita que os ofrezco como tributo dedicado a vuestros *reales* méritos” (95).

A este prólogo, por así decir, metaliterario que dialoga con la tradición para proclamar, aunque irónicamente, un nuevo modelo de comunicación, democrático y anónimo, se añade otro, firmado no por el “Pensador”, sino por el yo-narrador que define su intención ya en la primera frase: “[c]uando escribo mi vida, es con la sana intención de que mis hijos se instruyan en las materias sobre que les hablo” (95). El contraste no podría ser mayor: por un lado, el periodista moderno que piensa en la multitud anónima de lectores, comparable al “vulgo” que obligaba a Lope de Vega a pecar contra las reglas de Aristóteles, por el otro, el viejo narrador que quiere instruir a un grupo bastante restringido, sus hijos: “no quiero que salieran estos cuadernos de sus manos” (95).

La actitud didáctica del viejo narrador corresponde a aquella de Guzmán; pero el grupo “exclusivo” al que se dirige lo conecta con otra tradición más tardía: nos encontramos con la presencia del buen *père de famille* de tradición diderotiana con intereses pedagógicos, que van mucho más allá de la mera instrucción por el mal ejemplo, presente en la picaresca clásica. De hecho, toda la primera parte de la

novela se ocupa de la educación de los niños, y allí el autor contrapone el método “viril” del padre de Periquillo al método “blando” y “femenino” de su madre que es causa de sus malandanzas. Y el narrador se interesa también por detalles que recuerdan al *Emile* de Rousseau, como la manera de “fajar” al bebé “como cohete” o por el daño que se le hace al niño dejando que sea criado por nodrizas:

Luego que nací, después de las lavadas y demás diligencias de aquella hora, mis tías, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño querían amarrarme las manos, y fajarme o liarme como un cohete, alegando que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso a ser muy manilargo de grande, y por último, y como la razón de más peso y el argumento más incontrastable, decían que éste era el modo con que a ellas las habían criado, y que por tanto, era el mejor y el que se debía seguir como más seguro, sin meterse a disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo más sabios que los del día, y pues ellos amarraban las manos a sus hijos, se debía seguir su ejemplo a ojos cerrados (106s.).

Así, esta primera parte sirve para establecer un tipo de personaje que domina el discurso de la novela: el padre-modelo, viril, severo, prudente y bien intencionado, opuesto al principio femenino irracional, supersticioso, débil y excesivamente cariñoso: un antagonismo típico de ciertas tendencias del Siglo de las Luces que se aleja bastante de la imagen de los padres (si los hay) en la picaresca tradicional.

Ya que el padre natural de Periquillo muere temprano, no puede completar la educación de su hijo, y cuando éste ha terminado sus estudios de bachiller, se aproxima el verdadero antagonista del padre: el amigo-seducor en la persona de Enero, presentado no sin ironía por el viejo Periquillo a sus hijos:

Este Enero era un joven de diez y ocho a diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mío. Tal salí yo, porque era demasiado burlón y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. Él se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fue [...] mi sombra inseparable en todas partes. [...] Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado; pero como en mi consabida escuela era constitución que nadie se quedara sin su mal nombre, se lo cascábamos a cualquiera aunque fuera un Narciso o un Adonis; y según esta regla le pusimos a don Enero Juan Largo, combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfección que más se distinguía en su cuerpo. Pero después de todo, él fue mi maestro y mi más constante amigo; y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicieron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas, y publicar mis prendas, y mi sobrenombre de PERIQUILLO

SARNIENTO por todas partes; de manera que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofía y en el público cuando se pudo. Ved, hijos míos, si no sería yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusión de gratitud a un amigo tan útil, a un maestro tan eficaz, y al pregonero de mis glorias; pues todos estos títulos desempeñó a satisfacción el grande y benemérito Juan Largo (170s.).

Casi todo el resto de la larga novela representa una repetición de esta secuencia: alternativamente, las figuras paternas y las figuras seductoras (aunque ambas en forma masculina, las mujeres seductoras tienen un papel relativamente reducido y limitado a la última parte) dominan la escena y la débil voluntad del protagonista que tiene que pagar caro las hazañas picarescas a las que se deja convencer por sus amigos.

Ya que hemos mencionado el atraso relativo de la ideología ilustrada en América Latina, tal vez sea el caso señalar que esta postura didáctica post-ilustrada, que combina la imagen del padre ideal racional y los seductores-amigos, la encontraremos todavía más tarde en Europa: en el famoso personaje Pinocchio de Collodi (Fondazione nazionale Carlo Collodi di Pescia 1981) que, aunque de madera, tiene la misma debilidad como Periquillo y suele sucumbir siempre a la seducción de sus amigos; si atrasos hay, a veces pueden ser bastante fructíferos y lograr innovaciones, como vemos.

Pero volvamos a la secuencia de figuras paternas porque me parece bastante ilustrador – en doble sentido: el primer personaje que lo vitupera y le ayuda a liberarse de su vanidad delante de las chicas es un “padre vicario” (169ss.) cuya doctrina científica aparece libre de prejuicios y supersticiones, aproximándolo así al “vicaire savoyard” del mismo *Emile* de Rousseau (Markovits 2003: 215-235; Grande-route 1985).

Con esta resolución me levanté de la banca y me fui a buscar al vicario que ya había acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia. Padrecito, le dije, ¿qué habrá usted dicho de la nueva explicación del cometa que me ha oído? Vamos, que usted no se esperaba tan repentino entremés sobre mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco [...] no habrá ocho días que me he graduado de bachiller en filosofía, y me dijeron que estaba yo aprobado para todo; pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduría, y que aquel pasaporte que me dieron para todo, me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomón; pero usted me ha dado ahora una lección de que deseo aprovecharme; porque me gusta la física, y quisiera

saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que usted.

Ésa es una buena señal de que usted tiene un talento no vulgar, me dijo el padre, porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues esto no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico, se priva de la medicina y se empeora (181s.).

Como vemos, Periquillo en este momento reconoce la superioridad y el carácter de modelo del vicario, pero la nueva figura paterna se le escapa, y sus maestros y superiores en la época del convento no se pueden parangonar con la sabiduría de aquél. Tras la muerte de su padre natural ya no existen riendas para Periquillo, y después de haber gastado la fortuna entera de sus padres —lo que coincide con la muerte de su madre— se junta definitivamente con los malos amigos y empieza una vida picaresca de ladrón y tahúr, lo cual lo lleva al hospital y finalmente al calabozo.

En este calabozo — una de las muchas ocasiones para una crítica vehemente a las prácticas administrativas del Virreinato en sus últimos años, Pedro encuentra a la figura paterna tal vez más importante del libro: a don Antonio, que en cierta manera es el doble del yo-narrador, pues le cuenta su propia historia de vida, yerros, arrepentimiento y purificación. En la celda se establece una especie de segunda —y mejor— escuela, un seminario privado de filosofía práctica que constituirá más tarde la base para las enseñanzas impartidas por el mismo Periquillo a sus hijos, pero que sobre todo parece duplicar otro “seminario en prisión”, la instrucción del joven indio huron por parte del jansenista en el cuento *L'Ingénu* de Voltaire (McGhee 1946: 752-761). Tal como en el caso de Voltaire, la figura paterna de don Antonio convierte la situación del encarcelamiento en un período de perfección intelectual y moral, aunque el seminario de Voltaire es más dialógico, ya que el indio huron —representante de la razón natural del buen salvaje ilustrado— contesta a la filosofía de su maestro, y a veces con buenas razones.

Sin embargo, después de su liberación de la cárcel, Periquillo se convierte, siguiendo las huellas de la picaresca tradicional, por algún tiempo en criado de muchos amos (Tomo III) hasta salir de México en dirección al único sitio verdaderamente “oriental” del Imperio Hispá-

nico: las Filipinas, lo que le ofrece la ocasión de entrar finalmente en la zona del “Mito del Buen Salvaje” en el estilo del Siglo de las Luces. Basta recordar que este mito en las letras francesas se basa en gran parte en la expedición de Bougainville a las islas del Pacífico y los comentarios de Diderot sobre el diario de viaje del capitán. Los tahitianos presentados por Diderot aparecen allí como portadores de una razón y sabiduría natural, opuestas a los prejuicios y los formalismos vanos de la tradición europea (Hinterhäuser 1957).

Lizardi utiliza exactamente la misma situación para criticar desde fuera la inmovilidad e ignorancia de la sociedad virreinal. El Buen Salvaje aquí obviamente no puede ser un indio como en el caso de Voltaire, y entonces el autor mexicano se decide por un “oriental” o “chino”: el virrey de una de las islas del Pacífico, obviamente construida como utopía, donde no hay nobleza hereditaria y el trabajo manual no es visto como degradante. En su entrevista con Periquillo, a este “chino” le extrañan las costumbres mexicanas – y, una vez más, corrige las pretensiones del pícaro que se presenta como médico y no sabe preparar medicinas con ingredientes naturales (756ss.).

La aventura oriental ofrece una última posibilidad para introducir un subgénero más del ámbito “filosófico” francés: el modelo de las *Lettres persanes* o *Cartas marruecas*, o sea lo propio visto a través de ojos ajenos, ya que el hermano del virrey lo acompaña a su patria para conocer México, lo que ofrece una vez más la ocasión de exponer satíricamente las debilidades de la sociedad colonial.

Con esto llega el momento de la conversión, que se consume –según los principios hispánicos– en una confesión general bajo los auspicios de la iglesia, pero incluso esta confesión no sólo lleva al perdón religioso, sino a la perfección humana en el sentido del ideal pedagógico del Siglo de las Luces:

Luego que entramos le dijo el capellán: - Aquí tiene usted a su antiguo amigo y dependiente Don Pedro Sarniento, de quien tantas veces hemos hecho memoria. Ya es digno de la amistad de usted, porque no es un joven vicioso ni atolondrado, sino un hombre de juicio y de una conducta arreglada a las leyes del honor y de la religión (898).

Como tal, él mismo puede ahora desempeñar el papel del padre-guía e incluso de confesor en relación con Anselmo (878); se casa, tiene una familia virtuosa – y saltamos en seguida al final de su vida, la situación desde la cual fue “narrada” la mayor parte del libro: Periquillo-

Pedro en su lecho de muerte, circundado por sus hijos, a los que amonestaba en su última hora narrando los sucesos de su vida. Con eso, pasa como testamento el manuscrito a su amigo el “Pensador”, quien concluye la novela que combina tantos y tan variados géneros literarios de la literatura ilustrada dentro del marco de la novela picaresca española del Siglo de Oro.

Desde una perspectiva postcolonial —o pre-postcolonial, ya que Fernández de Lizardi escribe su novela en los últimos años de la colonia— esta combinación tan peculiar lleva a nuevas dimensiones estéticas y discursivas. Primero, podríamos aplicar con un resultado muy rico las categorías clásicas de *gender*, *race* y *class*:

La perspectiva de *gender*, prefigurada en las discusiones entre padre y madre de Pedro y los comentarios del —viejo— narrador nos lleva a la impresión de la imagen clásica del Siglo de las Luces que está en la base de la *querelle des femmes*: el hombre siempre es maestro, dueño de la razón y por ende de la acción racional, la mujer es caprichosa, sentimental, incapaz de pensar y de actuar racionalmente:

Muy bueno y muy justo es que los hombres amen a sus mujeres y que les den gusto en todo cuanto no se oponga a la razón; pero no que las contemplen tanto que por no disgustarlas, atropellen con la justicia, exponiéndose ellos, y exponiendo a sus hijos a recoger los frutos de su imprudente cariño como me sucedió a mí. [...] Las mujeres saben muy bien aprovecharse de esta loca pasión, y tratan de dominar a semejantes maridos de mantequilla. Cólera da ver a muchos de estos que no conociendo ni sabiendo sostener su carácter y superioridad, se abaten hasta ser los criados de sus mujeres. [...] No sin razón dijo un antiguo que las madres ayudan a sus hijos en las iniquidades, y estorban el que sus padres los corrijan (150ss.).

Hay que añadir que la imagen positiva de la mujer que se puede hallar también en el libro —la mujer de Antonio y la propia del viejo Periquillo— son concebidas según los esquemas del Siglo de Oro español de *La perfecta casada*; sobre todo la mujer de Antonio, que resiste hasta el último a la seducción e incluso a la violencia del Marqués, sería tal ejemplo. Lo que falta es la mujer heroica, tan frecuente en la literatura del Siglo de Oro (Lope de Vega: *Fuente Ovejuna*; Alonso de Ercilla: *La araucana*). Las mujeres de la novela mexicana son perfectas esposas, pero de manera burguesa, no se exponen, y si tienen que defenderse, utilizan un criado varón que las ayuda; por otro lado, no son devotas ni mucho menos devotas supersticiosas como las “viejas” que

Periquillo critica tan a menudo. Llegamos así a una especie de híbrido entre el código de honor del Siglo de Oro y el discurso de *gender* del Siglo de las Luces que parece establecer nuevos modelos de una sociedad nueva, presumiblemente post-colonial.

La perspectiva de *race* presenta una imagen parecida: por un lado, vemos un racismo –aunque a veces con auto-ironía– claramente expresado, y no sólo por Periquillo que desprecia sus compañeros de cárcel por ser indios, negros, mestizos y mulatos (quienes a su vez lo desprecian por ser blanco y haber acabado a pesar de ello en la cárcel), sino también por el “Pensador” en la cita de su Prólogo. Por el otro, hay el famoso capítulo de Manila, donde un negro le explica a un oficial inglés la igualdad fundamental de todas las razas (723ss.) y éste se da por vencido. ¿Cómo explicar tal discrepancia? Obviamente, se trata de un racismo de proximidad combinado con un antirracismo de lejanía. El “rico comerciante negro” de Manila puede profesar una humanidad ejemplar (y su discurso se parece peligrosamente al de los “padres” de la novela); pero los negros, indios, mulatos mexicanos son un poco “menos iguales”. No sólo es una actitud bastante conocida incluso en el siglo en que vivimos, sino también la actitud de los “maestros ilustrados franceses” en el momento de la revolución – la historia del Caribe francés lo prueba de manera bastante clara. ¿Hay un concepto de identidad que se puede extraer de esta co-existencia de dos actitudes opuestas? Obviamente estamos cerca a una “ilustración particular” como lo fue la actitud de un Sarmiento en la Argentina. La igualdad de los hombres civilizados permite la exclusión de aquellos que se califican de bárbaros; así, la identidad mexicana proclamada por el *Periquillo* se definiría de manera parecida a la famosa alternativa de Sarmiento, formulada tres decenios más tarde: civilización o barbarie – esta alternativa permite eliminar el racismo en el momento de lograr la civilización, pero mientras estemos todavía en el camino, hay que conservarlo.

Esto nos hace llegar finalmente a la categoría social de *class*: desde la primera discusión entre madre y padre y hasta el último sermón de Periquillo moribundo, el mensaje está muy claro: hay que trabajar, y los oficios manuales no son razón de vergüenza para nadie, aunque la mayoría de los hombres de bien –Pedro, el negro de Manila, Antonio– son comerciantes, y por ende burgueses. Esta doctrina se dirige obviamente contra el mito de la hidalguía, tan criticado ya en el Siglo

de Oro, contra los escuderos de Lazarillo, los muchos nobles que, aunque pobres, prefieren padecer hambre a trabajar por no perder su honor. Se trata de la misma situación que Montesquieu en sus *Lettres persanes* reprocha a los españoles:

On conçoit aisément que des peuples graves et flegmatiques comme ceux-là peuvent avoir de l'orgueil: aussi en ont-ils. Ils la fondent ordinairement sur deux choses bien considérables. Ceux qui vivent dans le continent de l'Espagne et du Portugal se sentent le cœur extrêmement élevé, lorsqu'ils sont ce qu'ils appellent *des vieux Chrétiens*; c'est-à-dire, qu'ils ne sont pas originaires de ceux à qui l'Inquisition a persuadé dans ces derniers siècles d'embrasser la religion chrétienne. Ceux qui sont dans les Indes ne sont pas moins flattés lorsqu'ils considèrent qu'ils ont le sublime mérite d'être, comme ils le disent, *hommes de chair blanche*. Il n'y a jamais eu, dans le sérail du Grand Seigneur, de sultane si orgueilleuse de sa beauté que le plus vieux et le plus vilain mâtin ne l'est de la blancheur olivâtre de son teint, lorsqu'il est dans une ville du Mexique, assis sur sa porte, les bras croisés. Un homme de cette conséquence, une créature si parfaite, ne travaillerait pas pour tous les trésors du monde, et ne se résoudrait jamais, par une vile et mécanique industrie, de compromettre l'honneur et la dignité de sa peau. (LETTRE LXXVIII, copia oficial de una carta de un francés; Montesquieu 1956: 249).

Al contrario, la novela de *Periquillo* ya desde el primer momento de su formación proclama la dignidad de los oficios manuales:

Mi madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pie firme a que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre en el colegio. Su merced le decía: no seas cándida, y si a Pedro no le inclinan los estudios, o no tiene disposición para ellos, ¿no será una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? [...].

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de a docena, si no se le examina el genio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas e ineptos para el comercio. Otros excelentes para el comercio y topes para las letras. Otros, por último, aptísimos para las artes liberales, y negados para las mecánicas, y así de cuantos hombres hay (145s.).

Así, podríamos deducir de la categoría de *class* incluso un elemento de identidad: los nuevos mexicanos tienen que distinguirse de los viejos “españoles americanos”: tienen que trabajar y adaptarse a una sociedad burguesa y racional; la posible independencia sería como el último capítulo de un *Bildungsroman* colectivo que acabaría con una *Nationenbildung* (*nation-building*).

Así se explican los cambios en el esquema tradicional de la novela picaresca: la perspectiva amonestadora de *Guzmán de Alfarache* ya no es tan religiosa, sino aquella de la razón ilustrada, la del “padre” o maestro (según el modelo de Voltaire en *L'Ingénu* o del *vicaire savoyard* de las *Confessions* de Rousseau); y por el otro, la perspectiva del pícaro ya no es tan sólo anárquica, sino aquella de un hombre que aprende, a través de una vida de muchos errores, a reconocer la voz de la razón y que se convierte al final en otro padre-encarnación de la razón. Obviamente aquí hay ciertos paralelos con el *Bildungsroman* alemán más o menos contemporáneo a esta composición, pero hay mucho más: en el contexto post-colonial, ¿no podríamos ver un paralelismo entre la ambición y despreocupación del pícaro y la “nueva nación” hispanoamericana por un lado y entre el padre-razón y las Luces europeas por el otro?

Tal vez sí: si estamos de acuerdo en definir a “Europa” como la cultura francesa – tal como lo hicieron un poco más tarde los mencionados románticos argentinos, el camino de formación y emancipación de Periquillo de las tradiciones barrocas y picarescas podría ser interpretado como emancipación de la tradición española. Pero eso es sólo “una” posibilidad de lectura. Por el otro lado hay que ver que aquí por primera vez en América tenemos una tentativa de combinar modelos franceses y españoles en un texto polifónico en el que coexisten no sólo barroco e Ilustración, sino también las varias –y no siempre homogéneas– voces de la Ilustración francesa: desde el culto a la “razón natural” del Buen Salvaje hasta la doctrina pedagógica de *Emile*, desde la enseñanza paternalista de Voltaire hasta el exotismo de las *Cartas persas*, y esto, además de producir efectos para la identidad colectiva de los mexicanos, produce también efectos estéticos interesantes por una alta carga de intertextualidad que logra hacer divertida incluso hoy en día la lectura de un libro tan largo como lo es el *Periquillo Sarniento*.

Bibliografía

- Espejo, Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y (1981): *Obra educativa*. Ed. de Philip Astuto. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Fondazione nazionale Carlo Collodi di Pescia (1981): *C'era una vola un pezzo di legno. La simbologia di Pinocchio*. Atti del Congresso organizzato dalla Fondazione nazionale Carlo Collodi di Pescia. Milano: Emme.
- Granderoute, Robert (1985): *Le roman pédagogique: de Fénelon à Rousseau*. Genève: Slatkine.
- Hinterhäuser, Hans (1957): *Utopie und Wirklichkeit bei Diderot. Studien zum Supplément au voyage de Bougainville*. Heidelberg: C. Winter.
- Lizardi, José Joaquín Fernández de ([1831] 1997): *El Periquillo Sarniento*. Ed. de Carmen Ruiz Barrionuevo. Madrid: Cátedra.
- Markovits, Francine (2003): "La science du bon Vicaire". En: Bensaude-Vincent, Bernadette/Bernardi, Bruno (eds.): *Rousseau et les sciences*. Paris: L'Harmattan, pp. 215-235.
- McGhee, Dorothy M. (1946): "The Conte Philosophique Evolves Its Solitaire". En: *PMLA*, 61, 3, pp. 752-761.
- Montesquieu, Charles Louis de Secondat de (1956): *Œuvres complètes*. Ed. de Roger Caillois. Paris: Gallimard (La Pléiade).
- Montori de Gutiérrez, Violeta (1979): "Sentido de la dualidad en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán". En: Criado de Val, Manuel (ed.): *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras*. Madrid: Fundación Universitaria Española, pp. 511-519.
- Ontaneda Polit, Max (1988): *Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Examen de su obra*. Quito: Abya-Yala.
- Riquelme Jiménez, Carlos José (2000): *Quevedo: el hombre, la época y sus ideas ético-jurídicas y penales*. Ciudad Real: Diputación Provincial, D.L.
- Stone, Robert S. (1998): *Picaresque Continuities: Transformations of the Genre from the Golden Age to the Goethezeit*. New Orleans: University Press of the South.